

TRES TAREAS URGENTES



s.f.

Mucho es lo que hay que hacer en El Salvador. A nadie se le escapa la gravedad del diagnóstico. Los últimos acontecimientos no han sido sino la manifestación de la situación crítica del país. Para superarla hay que poner mano a la obra. No puede pretenderse que la tarea fundamental consista en la contraposición de dos antagonismos. Planteado así el problema, quedaría al margen de la cuestión casi la totalidad de la realidad nacional.

Hay que finarse empeños que den base para superar esos antagonismos o, al menos, para que esos antagonismos queden enmarcados debidamente. Para ello se debe partir de las posibilidades reales y no de idealismos sin base. Ni la extrema izquierda tiene posibilidades reales de llegar al poder, ni la extrema derecha las tiene de perpetuar un estado de cosas que sólo puede llevar a la desesperación. ¿Qué se puede hacer, entonces?

Partamos de que El Salvador dice, a través de sus autoridades, que desea pertenecer al mundo libre, al llamado mundo libre y democrático. Occidental por más señas. Quiere seguir la vía del capitalismo democrático.

Ahora bien, el mundo occidental ha visto con toda claridad que para llegar a un capitalismo democrático, esto es, para que el capitalismo sea controlado en sus innatas y maléficas tendencias, es preciso que se den una serie de condiciones sociales y políticas. Entre esas dos condiciones quisiéramos resaltar dos, que son de gravísima urgencia para El Salvador: la posibilidad de unas elecciones libres y la existencia de un poder judicial fuerte, competente e independiente. He aquí las dos primeras tareas urgentes.

Sin posibilidades reales de unas elecciones libres, en las que la igualdad de oportunidades y el respeto a las urnas esté garantizada más allá de toda sospecha razonable, no puede haber ni democracia ni capitalismo democrático. Habrá a lo más capitalismo totalitario. Y el totalitarismo capitalista estará haciendo surgir necesariamente un totalitarismo de signo contrario.

Ahora bien, no puede decirse que en El Salvador esté suficientemente garantizado el proceso electoral. De ahí que la primera tarea, que espera al próximo Gobierno es el de crear un mecanismo electoral de plena solvencia técnica y ética. Los traumatismos nacionales de las dos últimas elecciones presidenciales prueban hasta la saciedad que es indispensable para salvar el sistema democrático, que se establezca un poder electoral que esté más allá de toda sospecha. Se dirá que esto es una utopía para El Salvador. Si así lo fuera, estaría cerrada la vía democrática y pacífica para el país. Si el próximo Gobierno quiere lograr que esta vía no quede cerrada, tiene la tarea urgente de renovar a fondo todos los mecanismos electorales. Es cosa que está en sus manos y que si no lo hace, merecerá la condena de la historia y llevará al país a una sima todavía mayor.

Junto con ésta está la tarea de lograr para el país un poder judicial público con plena independencia y con intachable honorabilidad. No es posible un estado ~~de derecho~~ democrático si no se da un estado de derecho. Y el estado de derecho sólo puede garantizarlo un poder judicial fuerte y honorable. Sabemos cómo el capital presiona sobre el Estado, sobre los tres poderes del Estado; por eso un capitalismo democrático se empeña en todos los países en lograr un poder judicial, capaz de resistir las presiones y las tentaciones del poder social capitalista. Es-



tablecer en El Salvador un poder judicial al que los ciudadanos y los grupos sociales puedan acudir con la absoluta seguridad de su celo por el derecho y la ley, de su pasión por la justicia que va más allá de la ley escrita y de su poder frente a los otros poderes del Estado y las otras presiones de la sociedad, es una tarea inaplazable. Si el Gobierno del país no sólo no permite sino que no promociona el que esto se dé, estará de nuevo impidiendo que El Salvador avance, que El Salvador salga de su actual estado crítico.

¿Y la tercera tarea urgente?

En El Salvador -no nos engañemos- las Fuerzas Armadas tienen un poder político inmediato incomparable. No ocurre así normalmente en los países democrático capitalistas. Ni México, Venezuela, Colombia, Estados Unidos, Canadá, Alemania Occidental, Inglaterra, etc son países en que los militares tengan en sus manos el control político inmediato del país, a pesar de la enorme fuerza que tienen sus ejércitos. Pero el hecho es que en El Salvador la tienen, como la tienen en Chile, Brasil, Argentina, Guatemala, etc.

Ahora bien, lo poco que puede ocurrir, cuando se da el hecho de que sean las Fuerzas Armadas ejerzan el poder político inmediato, es que conciban el ejercicio político como una guerra y el país como un cuartel. A los militares se les prepara para la guerra y para el mando de las tropas; no se les prepara inmediatamente para el juicio político y para el mando político. ¿Qué hacer entonces en los países donde no se ve la posibilidad inmediata de que el poder y el mando políticos pasen de hecho a los civiles?

Parece que sólo cabe una solución: la ilustración política de los mandos militares. Como es sabido, se llamo Ilustración a un período de la historia occidental donde se buscó que la razón se impusiera sobre el oscurantismo y la ignorancia, en vista precisamente a un cambio del ordenamiento político. Pues bien, ya que no es factible de momento el que civiles cualificados tomen el poder político del Estado, hagamos que quines lo tienen y lo van a tener se preparen debidamente para estar cualificados. Creemos que para ello no basta con la formación puramente militar. Es preciso que los militares reciban una formación intelectual que les permita discernir dónde están los sofismas y dónde están los fallos de unas corrientes y de otras; que les permita superar dogmatismos y ejercitar una crítica personal, por la que se liberen de la prepotencia intelectual, de quines recibieron más formación que ellos.

Es difícil que esto ocurra fuera de la Universidad. Con lo que los militares han de ir a la Universidad o, al menos, la Universidad ha de ir a ellos. Una Universidad que, como el poder judicial, debe ser capaz e independiente. Sólo así estarán los militares técnica y éticamente preparados para dirigir al país.

Mucho más hay que hacer en El Salvador. Pero estas tres tareas tienen su urgencia y su importancia propias. ¿Son utópicas? ¿Son irrealizables? ¿Son contraproducentes? Creemos que no. De todos modos cualquier avance significativo en cada una de ellas -y las tres están bien ligadas- supondría un rayo de esperanza para el país.